

Título original búlgaro: *Koi?*

© de la obra: Elena Alexieva, 2006

© de la traducción: Liliana Tabákova, 2010

© del diseño: Juan Antonio Fernández de Castro

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Lope de Rueda, 3, 6.º C. 28009 Madrid

info@nocturnaediciones.es

www.nocturnaediciones.es

Primera edición en Nocturna Ediciones: marzo de 2010

Composición: Safekat, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Ino Reproducciones, S.A.

ISBN: 978-84-937396-5-2

Depósito Legal:

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet— y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

## ÍNDICE DE CUENTOS

NOTA DE LA AUTORA .....	9
La testigo .....	11
Una hora de amor .....	43
El padre .....	61
Del otro lado .....	87
La madre .....	109
¿Quién? .....	137
El forastero .....	161
La criada .....	173
El hijo .....	187

## LA TESTIGO

Su lugar en la sala era el pequeño escritorio lateral, situado de tal modo que pudiera ver y oír lo suficientemente bien, pero sin sentirse directamente implicada en lo que sucedía. Durante los quince años que estuvo trabajando de secretaria en el juzgado, el único cambio que se realizó le sentó como un jarro de agua fría. En realidad, no pasó nada raro ni inesperado. Simplemente, una mañana, al entrar, en vez de la vieja e imponente máquina de escribir, Verónica encontró en su escritorio un flamante ordenador. Aunque la habían avisado, y a pesar de haber asistido con regularidad el mes entero a un cursillo de informática gratuito —¿acaso no fue ella misma quien se deshizo de la vieja cinta y del papel carbón que guardaba en el cajón?—, experimentó una gran tristeza e, incluso, sintió una especie de agravio por su máquina de escribir. Mover los dedos por el teclado metálico se había convertido para ella en algo instintivo. Sabía medir la fuerza de sus dedos al teclear para no cansar sus manos y para que el traqueteo sonara monótono y

pausado, convertido en algo inseparable del ambiente que reinaba en la sala. Además, nadie le ganaba en destreza en el cambio de la cuartilla, que colocaba de manera infalible y, luego, en un santiamén, sin alterar el ritmo del tecleo, el papel carbón. La vieja máquina de escribir funcionaba a las mil maravillas, era de hechura sólida y disponía de todo lo necesario para disfrutar de una larga vida laboral, de manera que, al imaginarla tirada como un trasto inútil en algún almacén polvoriento y oscuro, cerrado para siempre, le entraron ganas de llorar. Por eso, en un primer momento, le tomó manía al ordenador: lo temía y lo despreciaba en dosis iguales. Lo temía porque, a pesar del cursillo, para ella el ordenador era la encarnación de un mundo totalmente desconocido que no llegaba a provocar su curiosidad y con el que tampoco quería tener trato alguno, porque, a fin de cuentas, le había sido impuesto sin siquiera consultárselo. Pero también lo despreciaba por el miserable y vil plástico del que estaba hecho. No podía explicarse cómo era posible que, después de que alguien se hubiera tomado el trabajo de inventar un chisme tan caro y complicado, otra persona —tal vez alguien ignorante, como ella— se permitiera la ironía de elaborar el chisme de marras de un material tan precario como el plástico. Además, las nuevas teclas casi producían ruido cuando tecleaba y a los dedos no les costaba apenas ningún esfuerzo pulsarlas. Pero lo peor era que no tenía que

cambiar las cuartillas ni colocar el papel carbón. Ahora, junto a la máquina de escribir, acababa de desaparecer también el humilde júbilo que la inundaba siempre que lo hacía. Su habitual ritmo de trabajo se había ido a pique. Como quien dice, tenía que empezar desde el principio. Y esto la ofendía, le hacía sentirse inútil.

Hasta que Verónica pudo reconciliarse con el ordenador, pasó bastante tiempo. Por supuesto, era imposible que le profesara siquiera una centésima parte del cariño abnegado que había tenido por la máquina de escribir. Sin embargo, se fue acostumbrando. Lo aceptó. Se trataba de dos trocitos incompatibles del universo, lo mismo que dos piezas de un mosaico que se resistieran a permanecer pegadas la una junto a la otra. Precisamente porque estaba empecinada en demostrarle al ordenador su propia superioridad en la jerarquía natural de las cosas, Verónica se resignó y decidió no conocerlo más que lo imprescindible para su trabajo; nada más.

Exceptuando esto, la monótona vida de secretaria del juzgado la satisfacía por completo. Los jueces, los abogados y los fiscales la trataban con amabilidad. Pocas veces conversaba con los guardias porque los cambiaban con frecuencia y, además, los consideraba muy ordinarios. Otra cosa era el ordenanza, que llevaba allí casi el mismo tiempo que ella. Era el único hombre con quien había salido antes de conocer a su marido. A veces,

con ternura y agradecimiento, recordaba la noche en que la había invitado a cenar a un restaurante. Mientras comían las albóndigas casi frías, él le habló de su infancia en el campo. Luego la acompañó a su casa. Sin embargo, joven y vanidosa como era entonces, ni de lejos se le cruzó por la mente que pudiera tener con él una relación más seria. Se le había metido entre ceja y ceja que tenía que buscarse un marido de la ciudad. Así que, cuando lo encontró, no lo dudó ni un instante y se casó con él en la primera ocasión que se le presentó. No lo lamentaba. Llevaban una vida aceptable. Con los años, él se fue haciendo más taciturno y se quedó calvo. Nunca le reprochó nada. Tampoco tenían hijos.

El juzgado no siempre era igual de aburrido. Tenía que llevar el protocolo de toda clase de juicios, tanto sumarios como extraordinarios, de peritaje y posesorios, contenciosos y de faltas, de mayor y de menor cuantía, de desahucio y declaratorios. La gente ponía demandas por cualquier motivo. Le encantaba litigar entre sí, pero sobre todo con el Estado. A Verónica todo esto le afectaba mucho. Le molestaban las pretensiones mezquinas. Se compadecía de las víctimas. Participaba del triunfo sobre los malvados. Le gustaba que el insignificante servicio que estaba prestando la situara indefectiblemente del lado de la justicia. Cuando acabó por conocer a todos los jueces y abogados, adivinar las sentencias se convirtió en su diversión predilecta.

Más tarde, su entusiasmo fue mermando. La fue envolviendo la pátina de la desidia. La invadió la hiedra de la rutina laboral. En lugar del entusiasmo, germinó en ella la aspiración de ser intachable, que, a su vez, acabó convirtiéndose también en rutina.

Verónica no era de esas mujeres que viven con la idea de estar destinadas a algo trascendental. Tenía todo lo que necesitaba. Tampoco había aspirado nunca a gran cosa, porque no se le ocurría qué más podía desear. Las excesivas ambiciones ajenas —y en el juzgado se topaba con un sinnúmero de ellas— le parecían inexplicables. La gente, en vez de permanecer tranquila ocupándose de lo suyo, se precipitaba de cabeza hacia su propia ruina. Y de veras fracasaban, bien por tontos, bien por tercos. A diferencia de ellos, Verónica se sentía a salvo en su diminuto mundo. No es que no temiera la desgracia, pero estaba tranquila porque no hacía nada que la pudiera provocar. Además, no le gustaba darle vueltas a las cosas. No le interesaba ningún futuro hipotético distinto al presente. Lo rechazaba como una abstracción fatua. Sólo tenía sentido lo que se podía materializar al instante. No valía la pena hacer elucubraciones. Hasta le enorgullecía ser tan sensata. O eso era lo que creía.

Mientras cruzaba el parquecito frente al Tribunal, Verónica pensaba que en un día tan hermoso no tenía ganas de trabajar ni de permanecer encerrada. Hubiera preferido sentarse en un banco, tomar durante un buen rato el sol de primavera, comer-

se el bocadillo que llevaba preparado en el bolso, pasear por las calles, ver escaparates, tomar un café... El invierno había sido largo y frío. Las salas del Tribunal no tenían buena calefacción y a menudo se veía obligada a escribir con los guantes puestos. Por si fuera poco, no había podido reunir dinero para comprarse un par de botas nuevas y las que tenía rezumaban humedad. Siempre estaba acatarrada. Por las mañanas, le faltaban fuerzas para levantarse de la cama. Se sentía fatal con sólo imaginar las largas esperas en las paradas de autobús, con los pies hechos una sopa y congelados. Por eso sintió la llegada del mes de marzo como una auténtica salvación.

Por la mañana, los juicios solían terminar pronto. Antes de que pudiera ver las caras de la gente, ya eran otras. Los casos eran insignificantes y los fallos de los jueces, previsibles. Al igual que ahora, mientras tecleaba mecánicamente y tiritaba de frío dentro de su gastada chaqueta de lana, echaba miradas anhelantes hacia la ventana y consideraba la posibilidad de pedir un día libre, sin más, para disfrutar un poco de la primavera. Pero luego decidió que era mejor dejarlo para el mes de abril, porque marzo siempre estaba lleno de sorpresas. No sería raro que la ciudad volviera a amanecer de nuevo cubierta de nieve, y entonces sus planes se vendrían abajo. Y sin darse cuenta cómo, llegó el descanso del mediodía. Rápido, cogió el bolso y se fue directa a la calle. Quería adelantarse a las demás secretarías, que acos-

tumbraban a reunirse en algún cuarto para charlar y fumar. Y ella, como no le gustaba que cotillearan a sus espaldas, casi nunca se atrevía a negarse a acompañarlas.

Se alejó más que de costumbre, así que tuvo que volver corriendo al juzgado. A la entrada de la sala había un tropel de periodistas que revoloteaban excitados por el pasillo intentando intimar con los guardias con la esperanza de sacarles aunque fuera la más mínima información. Alguien acababa de contar un chiste y la gente a su alrededor estalló en carcajadas. Una periodista le hablaba en susurros a su cámara, otra iba de un lado a otro con un taconeo insoportable. Verónica pasó de largo y no pudo evitar echarles una mirada de desprecio, mientras con secreta satisfacción daba un portazo en sus narices. Ya dentro, sentada a su escritorio, recordó a qué se debía todo aquel revoloteo. Se esperaba la sentencia del tribunal en un juicio en torno al cual se había producido cierto ruido mediático. No era nada del otro mundo; Verónica había conocido casos mucho más interesantes. Simplemente, llegaba en un momento en que las noticias locales no alcanzaban para llenar las páginas de los periódicos ni de los informativos de televisión, por lo que era necesario que los periodistas se las arreglaran solos.

En principio, los acusados eran cuatro: Dimas, Gestas, Barrabás y Jesús. Habían robado en una gasolinera y el asunto no habría pasado de unos cuantos años de cárcel si no hubie-

ran matado a dos de los policías que los capturaron. Se trataba ya de un proceso penal y se esperaba que el tribunal pronunciara una sentencia muy severa. En realidad, el proceso contra Barrabás, que era el cabecilla del grupo, se estaba viendo aparte porque sobre su conciencia pesaban muchos delitos anteriores. Los carceleros, que lo conocían bien, decían en broma que siempre le tenían reservado un calabozo, amueblado especialmente para él. Barrabás había pasado la mayor parte de su vida en la cárcel, como si estuviera abonado. Por su parte, Dimas y Gestas eran peces chicos, unos pobres diablos que, sea por aburrimiento, sea a causa de su pobreza, se habían dejado engañar por Barrabás. De tantos robos y negocios turbios, éste había logrado reunir un dinerito y enseguida contrató a un famoso abogado, cuya tarea principal era recurrir el cargo más grave: el de asesinato. Afirmaba que Barrabás se había entregado sin oponer resistencia, mientras que los demás, presas del pánico, se pusieron a disparar contra los guardianes del orden público. Puesto que no se disponía de pruebas suficientes sobre quién y con qué arma se había disparado, la defensa se salió con la suya. Mientras, a Dimas, Gestas y Jesús les asignaron un abogado de oficio, porque no tenían con qué pagar. El hombre hacía lo que podía, pero no iba a serles de gran utilidad: hasta la fecha, en su carrera de abogado no se había dedicado más que al derecho matrimonial.

## SIGUE LEYENDO

¿QUIÉN?  
Elena Alexieva



Nocturna Ediciones  
ISBN 978-84-937396-5-2